

CÓMO DETECTAR UN FILÓSOFO

CÓMO DETECTAR UN FILÓSOFO

FRANCISCO RODRÍGUEZ LATORRE

EDITORIAL
aula 
DE HUMANIDADES

Rodríguez Latorre, José Francisco

¿Cómo detectar a un filósofo? / José Francisco Rodríguez Latorre. –
Bogotá: Editorial Aula de Humanidades, 2020.

204 páginas; 23 cm. – (Colección ¡Enseñar Filosofía!)

1. Filosofía 2. Filosofía - Enseñanza 3. Teoría del conocimiento 4. Lógica 5. Filosofía como profesión I. Tít. II. Serie.

101 cd 22 ed.

A1657975

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Editorial Aula de Humanidades, 2020

© José Francisco Rodríguez Latorre

Primera edición, 2020

ISBN: 978-958-5111-17-2 (Versión impresa)

ISBN: 978-958-5111-18-9 (Versión digital)

Diagramación y diseño de carátula
Jorge Leonel Pineda A.

Bogotá, Colombia
2020

A Germán:

*Que batalla todos los días con hombres
de poca fe, hasta que nos hace ver la luz.*

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	11
CAPÍTULO I	15
CÓMO DETECTAR A UN FILÓSOFO	17
CAPÍTULO II	55
MI REINO POR UN DATO	57
CAPÍTULO III	77
CUADRANTES LÓGICOS	79
CAPÍTULO IV	105
DIOS: EMPATE TÉCNICO	107
CAPÍTULO V	145
BORGES: VERSIONES LITERARIAS DE DIOS	147
CAPÍTULO VI	161
UNA LOCURA CARTESIANA	163
ANEXO	175
BIBLIOGRAFÍA	197

PRESENTACIÓN

Don Francisco Rodríguez Latorre es un profesor nato, y un intérprete privilegiado de la pertinaz sinfonía del pensamiento. Una de esas raras personas que nacieron para jugárselo todo en el arte de enseñar, de inquirir, de descubrir. Para insistir noble y cordialmente en el valor y el sentido del conocimiento, y si se quiere, aún más, de la mismísima sabiduría. De la que se adquiere involuntariamente, como signo inequívoco de haber nacido en la búsqueda perpetua de algo cierto, mejor, más profundo.

Sus libros y artículos son una delicia, por su calidez, su cercanía al público y su vocación de despojar a tal sabiduría —y a la filosofía que le es propia— de todo ropaje de presunción, banal, complicado o abstruso. Son bocadillos para el lector que sólo busca el agrado de comprender, la gracia de estar en sintonía con quien le habla, con quien le escribe, con quien piensa el lado suyo.

Este libro, *Cómo detectar un filósofo*, está diciendo exactamente eso, con precisión y cadencia. La filosofía no puede ser entendida únicamente como discurso especializado y técnico de —y para— iniciados en sus métodos, pues su fin es abordar las cuestiones fundamentales de la vida humana, del mundo, de la ciencia y de la naturaleza. La filosofía es una experiencia, una forma de asimilar la vida, que viene en dosis distintas según el sujeto, pero que puede hacerse “vibrar” en cada uno, con esa extraña lasitud de lo cósmico. Él habla de cierto “vértigo”, de alguna que otra embriaguez de intentos fallidos que acompañan al temperamento filosófico.

De manera atrevida y provocadora, desmontando hasta donde es posible las convenciones filosóficas, resulta factible y deseable enfrentarse con esos viejos problemas e incluso detectar en cada ser humano un cierto “pichón” para la filosofía, o al menos, para el cumplido arte del filosofar, con todos sus riesgos y deleites. En esa brega se ganan muchas batallas y también se pierden

algunas. Y de las derrotas se sacan victorias inesperadas, sutiles y llenas de encanto; siempre se tiene algo más de que hablar, algo más que decir. Algo que agregarle al mundo quieto y callado. O al inquieto y enloquecido.

El libro insiste en las anticipaciones filosóficas que brindan a algunos una proclividad mayor para estudiar en propiedad los asuntos filosóficos desde temprana edad, para adentrarse en ellos como cuestiones cotidianas, y para intentar darles a esas preguntas algunas provisionales respuestas. O para equivocarse de manera rampante, incluso a sabiendas de lo agrisulce del fruto. En fin, es una magnífica forma de ganar tiempo en asunto filosóficos y de aclarar viejas dudas.

Asuntos como el culto de los datos, la pregunta por Dios y por lo divino, las ensimismadas lucubraciones de Borges, el esfuerzo eterno por detener el río del pensamiento, la unidad del universo, el reto inasible de comprender el presente, la física incompleta y sus enigmas, el juego de la relatividad, los dilemas del cuerpo y del alma, los autores, el ritmo, el desorden cósmico, en fin, son los problemas que plantea este libro, como el pasar de las vitrinas.

Los laberínticos devaneos de un pensador planteados como un juego, y jugados a continuación, en tono menor, y con opción de obtener, de repente, grandes y jugosos dividendos. Es esto, justamente, lo que hay aquí, y lo que de aquí se puede extraer. En suma, una dicha filosófica que recuerda a la de “La verdad sobre todo” de Matthew Stuart, una graciosa forma de enterarse de cómo puede uno, apenas sin saberlo, devenir algo similar a un sabio, o —al menos— con maravillosa pertinacia, sugerir el camino.

Enrique Serrano

PRÓLOGO

Filosofía para no filósofos es un acercamiento reflexivo, poco técnico e intuitivo de algunos problemas comúnmente asociados a la filosofía pensados para personas ajenas al gremio, pero con un interés latente o naciente en sus asuntos. En ese sentido, no se trata de una exposición profesional de temas filosóficos, sino de una propuesta de cómo acercar, o terminar de encantar, a un público expectante y a veces repelido por la forma como los profesores de filosofía nos comunicamos.

La estructura del trabajo es muy sencilla.

En el primer apartado, con el subtítulo de “¿Quién?” se caracteriza la psicología particular de un estudiante que podría estar interesado en la filosofía. Se recaba en las anticipaciones filosóficas de las cuales participamos muchos de quienes terminamos estudiando la reina de las ciencias. Esas tipologías, esas curiosidades que tantas veces nos asombraron espontáneamente son, en cierta forma, un primer escalón para trepar la escalera especulativa y reflexiva que muchas veces duerme el sueño de los justos y que infructuosamente tratamos de despertar en nuestras clases.

En el segundo apartado, bajo el rótulo “¿Cómo?” se hace una caracterización de este trabajo y del enfoque que lo acompaña. Como salta a la vista, el uso reiterado de ejemplos y datos puntuales es la manera de decir otra vez que seamos intuitivos, es decir, no dejemos el concepto a la libre interpretación y creación; anclémoslo en la mente, así sea en un comienzo, a una imagen que le dé contenido. El uso de los datos y la inclinación por estos es el sello de esta propuesta.

Los siguientes cuatro apartados se consideran más decididamente ejemplos de la forma como se podrían abordar temas cercanos a la filosofía pensando en un público no especializado. Dos versan sobre las pruebas de la existencia de Dios, un tema que ha acompañado desde muy joven mis pesquisas

e inquietudes especulativas. El primero es una colección de pruebas clásicas y no tan clásicas, seguidas de las respectivas refutaciones. Todo sucede tan rápido, son muchos argumentos, que un filósofo profesional se quedará esperando más. Y el otro, una presentación detallada del *argumentum ornithologicum* de Borges con todas las posibilidades reflexivas y argumentativas pensadas para cualquier público. Borges bien merece un apartado. Muchos no filósofos hemos terminado cerca de la filosofía o hundidos en ella, gracias a su influjo.

Los otros dos apartados, los otros dos ejemplos, versan sobre temas complementarios y casuales. Los cuadrantes lógicos son una manera de poner en acción el talante lógico de cualquier persona planteándole algunas disyuntivas empíricas. Como se verá, son una extensión del argumento de Pascal sobre la existencia de Dios, “La apuesta de Pascal” volcada sobre asuntos cotidianos, como el dilema del celador.

Luego tenemos un ejercicio, igualmente lógico, de los celos, titulado: *Una locura cartesiana*. Tomando como punto de entrada los celos típicos, se muestra de qué manera, el celoso no está haciendo otra cosa que llevando al paroxismo la capacidad analítica. Es un lógico, una máquina lógica que no puede salir del laberinto en que lo ha encerrado su silogismo vital.

Cierro el libro con, “Carta a una joven para que no estudie esa Filosofía”, un texto que ha dado vueltas en muchos círculos de amigos y fue publicado hace tiempo, en una versión algo distinta, en la revista Folios, de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Retomo algunas ideas expresadas en otros apartados, y hago énfasis en cómo resulté metido estudiando Filosofía y haciendo carrera académica lleno de incertidumbres y sinsabores. Como es en tono de carta, lo hago de la manera más personal posible, si es que se puede decir.

Sobre esos temas versa el presente libro.

En cuanto al tono general, sobra decirlo porque salta a la vista, se ha mantenido ese enfoque personal, basado en la experiencia de años como profesor de Filosofía para no filósofos, que ha batallado con la resistencia y se ha apoyado en el entusiasmo de centenares de jóvenes que, aunque no estudiaron filosofía, se consideran hoy amigos de la ciencia de Aristóteles. En ocasiones se cargó un poco la inflexión casi coloquial, que el hábito ha impuesto a lo largo de los años. Espero que se me disculpe esta confianza.

Como siempre, una vez se concluye una investigación, la impresión más fuerte es la de la ausencia. Muchos temas, apuntes, ejemplos y giros se que-

daron en los borradores esperando su momento. En ese sentido siempre se sentirá incompleto el resultado.

Derivado de lo anterior, se experimenta un sentimiento de continuidad. No más entregar a la imprenta para embarcarse de nuevo en algunos tópicos que apenas fueron sugeridos y que ahora tendrán su protagonismo en un ensayo aparte, en un artículo de revista, en un capítulo de libro. Es este un efecto colateral, muy deseado, de cualquier investigación. Y ya lo estoy experimentando.

“La dispersión de la atención en los tiempos que corren”, “Una teoría no se le niega a nadie” y “La presencia de la lógica en la vida cotidiana” son apenas tres ejemplos de los muchos temas que me gustaría seguir profundizando una vez concluido este ejercicio.

Igualmente, en algunos apartados tengo la sensación de haberme excedido en los ejemplos, pero no pude aplicar la tijera. Tal vez en una edición posterior lo logre. Por ahora, doy cierre a esta perspectiva de Filosofía para no filósofos con un enfoque retórico, argumentativo e intuitivo.

Pido disculpas por la irreverencia en algunos apartados. No lo pude evitar.

CAPÍTULO I

¿QUIÉN?

Las personas que están interesadas por la filosofía (o podrían estarlo), los prospectos de filósofos tienen una particular condición espiritual que los hace proclives a la especulación. Este capítulo se hará una semblanza de estas almas y se mostrarán algunas de las preguntas que alimentan esta condición particular y cómo se relaciona con las ideas abstractas, en primera instancia.

CÓMO DETECTAR A UN FILÓSOFO

Ciertas ideas recurrentes delatan al joven con inclinaciones filosóficas. ¡Atención!, algunas tienen un toque psiquiátrico.

EL VÉRTIGO CAUSA LA FILOSOFÍA

En la Introducción a la *Crítica de la razón pura*, Kant señala el destino particular de la razón humana: verse asediada por problemas que no puede dejar de plantearse, pero que tampoco puede resolver.

La razón humana tiene el destino singular, en uno de sus campos de conocimiento, de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar, por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón, pero a las que tampoco puede responder por sobrepasar todas sus facultades¹.

Este es el origen, la fuente profunda de donde la Filosofía, con mayúscula, mana, bebe y toma la fuerza para seguir adelante en su indagación incesante. De allí surgen las grandes preguntas: ¿por qué es en general el ente y no más bien la nada? ¿Cuál es el principio que rige todo lo existente? ¿Todo es apariencia fenoménica? ¿Hay cosas en sí reales? A lo anterior se le pueden agregar otras tantas preguntas especulativas que asedian la razón humana en el ámbito del filósofo profesional.

Pero al lado de estos grandes enigmas que han movido la Filosofía a lo largo de los siglos, existe otro modesto universo de la conciencia, un rincón de las dudas y los asombros que, a una escala menor, asedia al candidato a filósofo y le trastorna el sueño. Son las manías que lo llevan a preguntarse si él es normal o está sufriendo algún desequilibrio, si vale la pena vivir sabiendo que nunca saldremos de la ignorancia o si tiene sentido la vida. Y muchos otros afanes por el estilo. Son las preguntas que lo ponen al margen de los

intereses de su grupo etario y familiar y lo llevan como de la mano a las aulas de filosofía. De eso trata este apartado.

Al lado de los interrogantes trascendentales, hay otros más prosaicos que les ocurren a los aspirantes a filósofos con igual ímpetu al señalado por el filósofo alemán, y tan constantes que definitivamente configuran todo un perfil del candidato a la especulación.

La Filosofía es un preguntar incesante. En ocasiones es la misma pregunta una y otra vez; en otras, es diversa. Unas veces la responde la ciencia; otras, la razón. La filosofía parece un ataque, como una enfermedad que les da a unas personas y a otras no. A quienes los ataca, no entienden por qué los demás no tienen esos problemas. Como el deprimido no comprende cómo alguien puede ser feliz en este mundo de m... O como el optimista que no descifra cómo algunos se amargan gratuitamente la vida y se la arruinan a los demás. A quien no le acomete el mal cuestionador, tampoco entiende por qué los filósofos se “rebanan” los sesos con tales interrogantes... si todo es tan sencillo.

El origen de la filosofía podría estar en cierto tipo de desarreglo emocional. Las personas normales, el noventa y nueve por ciento de los mortales, se hace preguntas cuya respuesta tiene una importancia práctica: ¿qué empleo es mejor?, ¿en cuál ganaré más dinero?, ¿cuál me da mejores garantías hacia el futuro?, ¿querrá salir conmigo?, ¿hago mercado hoy o lo dejo para el domingo?, ¿compro un cojín verde o uno rojo?, entre otras. Preguntas de una gran profundidad, como se puede ver.

El aspirante a filósofo no. Él hace preguntas de otro estilo, ¿cuál es el sentido de la existencia?, ¿después de esta habrá otra vida?, ¿debo necesariamente vivir en sociedad o puedo ser perfectamente autónomo?, ¿qué significa “perfectamente” en la anterior oración?, ¿qué es en últimas la libertad? ¿Existe el alma?, y si existe, ¿por qué razón no la vemos?, ¿y Dios?

La mayoría de la gente no se hace esas preguntas incómodas. En cambio, el uno por ciento, ¡qué digo!, el uno por mil, quedan enredados en esas dudas como pedazo de plástico en la rueda de la bicicleta. Unos viven tranquilos estudiando, trabajando, yendo a la oficina, tomando el bus, tomando el pelo, tomándose de las manos, peleando con los vecinos, bebiendo cerveza, sin problema. Y un buen día mueren con la conciencia tranquila de haber cumplido su deber. Aunque Sócrates insista en que una vida sin examen no vale la pena ser vivida² la mayoría de las personas han hecho eso a lo largo de la historia sin mayores incomodidades y revolcando al pobre filósofo en su tumba.

Otros, en cambio, los aspirantes a filósofos, nos empecinamos en encontrar qué hay detrás de las cosas. No está claro qué es ese “detrás”, pero nos empecinamos en la búsqueda. Esa investigación de la esencia no termina nunca. Ese afán por descubrir lo principal y no lo superficial, la roca firme en vez de las apariencias aparece una y otra vez, sin saber si sólo hay sombras y a veces sombras de sombras. Ese cierto amor por el conocimiento inútil es nuestra perdición.

En algunos la picazón no es lo suficientemente fuerte y terminan por decirse: “Primero estudio Derecho y luego si le hago a la Filosofía”. O “primero Medicina o Administración o Ingeniería y después sí la Filosofía”. “Debemos ser realistas”, dicen, sin darse cuenta de que el realismo es una postura filosófica, “de algo se debe vivir, luego, sí podremos filosofar a nuestras anchas”. Y no filosofan nunca. Acumulan dinero o deudas y unos cuantos kilos de más y en las brumas de una resaca, con un pie en la tumba se dicen: “La Filosofía no era tan importante, saqué a adelante mi familia sin necesidad de tanta pregunta”.

La filosofía ataca, como otras vocaciones, y unos escuchan el llamado y otros lo dejan pasar de largo. Cuando a un escritor le habla la musa, lo obliga a sentarse a la mesa y le regala una historia para que la cuente al mundo. Gabriel García Márquez (Gabo) no pudo eludir *Cien años de soledad*, se vio forzado a escribirla.

En el caso de la filosofía, la musa se empeña en fijarnos preguntas en la mente. La tarea será entonces resolverlas, pero como decía Kant, la razón (la musa) se empeña en interrogantes que no puede resolver pero a los cuales no puede eludir. Es un destino trágico.

EL AMOR POR EL SABER

«Todos los hombres desean por naturaleza saber»³ dice Aristóteles al comienzo de su libro más importante, la *Metafísica*. Dudo mucho que esa vocación sapiente sea la inclinación más importante. Hoy ha quedado en evidencia algo bien distinto: “los hombres aman por naturaleza divertirse”, o “aman por naturaleza consumir”. Como dice Daniel Gilbert en su conferencia en TED:

La evolución ha desarrollado este maravilloso cerebro en un abrir y cerrar de ojos. Nos dio el neocórtex para hacer simulaciones antes de ponerlas

en práctica en la realidad. Este cerebro y el pulgar opuesto a los otros cuatro dedos son las maravillas que posibilitaron a los humanos bajar de los árboles para poder ir a los centros comerciales⁴.

Si Aristóteles no está en la razón, aparece un problema serio para la filosofía, ¿cómo acercar a la gente a un saber que por naturaleza no está entre sus disposiciones? Ese es el reto de enseñar filosofía a los no filósofos.

El asombro filosófico es una sacudida, el despertar de un sueño plácido aunque anómalo. Hume despertó a Kant⁵ de su sueño dogmático. Un despertar como el de Neo en *The Matrix*⁶ cuando se toma la píldora roja que le ofrece Morfeo.

Recordemos la escena. Neo ha estado conectado a la Matrix viviendo en un sueño una vida de fantasía. En un momento de la historia, Morfeo, Trinity y los demás revolucionarios desconectados de aquella “máquina” contactan a Neo para liberarlo. El paso obligado hacia la emancipación es elegir entre dos pastillas, una roja y otra azul. La azul lo devuelve a la irrealidad en donde seguirá una vida plácida, pero inconciente. La roja ofrece el camino del conocimiento con las penurias de la realidad escueta. Neo escoge la roja y empieza la saga de la liberación humana.

El golpe filosófico es similar. Vivimos tranquilos con nuestros padres, no nos falta nada, tenemos el techo y la comida y de pronto, como si hubiésemos tomado la pastilla roja, empezamos a hacer preguntas acerca de la realidad, del sentido de la vida, la universalidad de las normas y otras tantas inquisiciones de este tenor que hasta los vecinos terminan por incomodarse y hacen miraditas de vergüenza a nuestros padres.

Existen los impulsos neuroquímicos y neuroeléctricos. Los primeros pasan muy rápido, los segundos permanecen. La presión de las medias en los pies es neuroquímico, al rato dejamos de sentir que llevamos medias puestas. Un dolor de muela es neuroeléctrico, no pasa ni con el Dolex-forte.

Nos acostumbramos al mundo. Si hemos sentido el asombro filosófico, su efecto pasa, viene de una fuente neuroquímica, es un estímulo fugaz. En el filósofo ese mismo impulso perdura como si su naturaleza fuera neuroeléctrica. Después nos volvemos a acostumbrar. La tarea es, ¿cómo renovar esa admiración? El papel de la enseñanza de la filosofía sería algo así como reverdecer el asombro ante la nariz. La nariz es obvia, salvo en el caso de Cyrano de Bergerac, el resto de los mortales ni la advertimos en el espejo.

ESAS PRIMERAS ANTICIPACIONES

«Los motivos que han conducido a los hombres a convertirse en filósofos han sido de varias clases. El motivo más respetable fue el deseo de comprender el mundo»⁷. Sin duda, como dice Russell, el motivo más respetable para llegar a la filosofía, sea el afán de conocer el mundo, pero no siempre es la causa fundamental, la primera, la causa eficiente. En la sombra, operan otras buenas razones que cumplen oportunamente su papel y nos llevan a la especulación filosófica de por vida.

Esas inquietudes se pueden evocar de nuevo con la pregunta ¿qué ideas especulativas o filosóficas se nos ocurrieron en el colegio? Ideas que, con pesar, descubrimos luego bien expuestas en un libro célebre, o dramatizadas en una película. Descubrimiento pesaroso, pues creíamos estar arribando a una idea original y llegábamos trasnochados a la historia: nuestra genialidad ya había sido pensada con mayor claridad por gente notable cuyo apellido aparece ahora en Wikipedia.

Isaac Asimov, el hombre con más páginas publicadas en toda la historia de la humanidad, “descubrió” varios teoremas de aritmética que luego encontró demostrados en una historia de las matemáticas⁸. Sin duda, un golpe a la autoestima; nada grave, si observamos que no deja de ser fantástico haber tenido pensamientos similares a los de un genio. Pascal, a los doce años, demostró —solito— los primeros teoremas de la geometría euclidiana y siguió de largo ampliando el campo de la ciencia y la filosofía.

Gilberte declara que su hermano había redescubierto por sí mismo las primeras 32 proposiciones de Euclides, y que las encontró en el mismo orden en que Euclides las había establecido. La proposición 32 es, en efecto, la famosa de la suma de los ángulos de un triángulo que Pascal redescubrió⁹.

Por razones como esa, los aspirantes a filósofos nos sentimos más inteligentes que los demás. Esa arrogancia nos lleva con frecuencia a ser grandes discutidores, a veces peleones, con todo el que se nos atraviesa en el camino. Esa soberbia de la razón parece una condición bastante frecuente en el perfil del aspirante a filósofo. «A mí... me gustaba con locura discutir y argumentar, sobre todo con mi madre»¹⁰.

De todos aquellos que dimos el paso a la filosofía y dedicamos nuestra vida a su cultivo, tal vez sea Savater el que entró con más modestia y menos ocurrencias, en su senda: «La verdad es que yo nunca pretendí dedicarme a la filosofía»¹¹ «y hasta podía ocurrírseme eventualmente alguna sentencia moral, como aquella vez que establecí que la felicidad es el destino de la existencia humana... en clase de filosofía»¹². Esta anécdota la cuenta tres veces en su autobiografía y parece, en su caso, haber sido la razón fundamental para dedicarse al oficio de pensar.

Para no ser menos, yo y treinta de mis compañeros, en el colegio Camilo Torres, cuando teníamos barros y espinillas en la cara, demostramos por cuenta propia el teorema de Pitágoras, sin saber que Pitágoras existía. Para el curso, fue un simple juego, un ejercicio más de la clase, de los tantos que ponía el profesor Ardila de tarde en tarde. En la hora de geometría no demostrábamos teoremas, mucho menos los memorizábamos, simplemente resolvíamos ejercicios y varios de ellos resultaron ser pilares de la matemática.

Este hombre lúcido, el profesor Ardila, y falsamente autoritario, no sólo nos enseñó a pensar geoméricamente, también mostró, fuera de toda duda razonable que, en efecto, era posible sentir la existencia de los juicios sintéticos *a priori*, tan amados por Kant. Hoy nadie cree en esos juicios sintéticos, pero nosotros los habitamos en octavo grado de bachillerato y sentimos su vértigo. Demostrar por cuenta propia un teorema es una experiencia trascendental en un sentido distinto al kantiano. Para decirlo en pocas palabras, uno se siente parte de lo mejor del pensamiento humano, por un momento. Dan ganas de gritarle a la cara a Kuhn y Feyerabend: “No existe la inconmensurabilidad. Y, en cambio, sí existe la acumulación de conocimiento. Señores, los pensamientos de Euclides pueden ser compartidos por los Pérez y los Rodríguez sin problema”. Sin embargo, en esa época no teníamos noticia de esas discusiones. Entender que por un punto exterior a una recta sólo pasa una paralela y sólo una, era una verdad con fuerza apodíctica, necesaria y universal para cualquiera que tuviera cinco dedos de frente.

John Allen Paulos, quien escribió un delicioso curso de Filosofía titulado *Pienso, luego río*¹³ nos cuenta en su autobiografía, *La vida es matemática*¹⁴ sus primeros pasos en la filosofía. Cuando cursaba quinto año de primaria empezó a leer el periódico y encontró las columnas de dos personajes ingeniosos, Phil Osopher y Ask Andy:

Animado tal vez por Phil y Andy, a aquella temprana edad me quedé prendado de la idea de una especie de materialismo atómico. Había leído que todo se compone de átomos y sabía que los átomos no pueden pensar, así que “pensé” que eso demostraba que los humanos tampoco pueden pensar. Me gustó tanto aquella idea epicúrea tan rompedora (a pesar de Phil, yo aún no conocía esa palabra) que la anoté con pulcritud en un trozo de papel que doblé con esmero y guardé en una cajita de metal muy bien cerrada con una cinta, que enterré junto al columpio del jardín de casa donde generaciones futuras de humanos no pensantes pudieran valorar mis profundas reflexiones sobre el asunto¹⁵.

Con respecto a esas ideas “originales” que nos carcomían la mente, y en buena medida nos alentaron a entrar en la filosofía, hagamos un registro somero para que no todo sea polvo y escombros. Visitando la memoria, la mía y la de mis estudiantes y amigos, encuentro dos tipos de anticipaciones: los juegos cuasifilosóficos y las anticipaciones filosóficas o científicas.

JUEGOS CUASIFILOSÓFICOS

Los niños inventan o descubren, no es fácil saberlo, argucias de las que en silencio se sienten orgullosos y piensan que a nadie más se les ha ocurrido. No alcanzan a ser preguntas propiamente filosóficas, pero prefiguran el cuadro.

«Yo filosofé a ratos, como cualquier otro niño o adolescente, porque a esas edades los hijos de familias acomodadas aún son bastante libres y cuando se es libre a uno le surgen inquietudes filosóficas espontáneamente¹⁶. Lo que cuenta Savater de los chicos acomodados es cierto de jóvenes de diferentes condiciones socio-económicas, como he podido constatarlo, a lo largo de los años, en las clases de Propedéutica para filósofos.

Veamos algunas de esas primeras ocurrencias que van abriendo la senda del filósofo.

CAMINAR SIN PISAR LA RAYA (GALILEO)

Caminar sin pisar las rayas es una forma distinta y un tanto absurda de relacionarse con el entorno. De alguna forma, se prefigura con este juego una relación mente–mundo que no es automática como otras que tenemos espontáneamente. Con el tiempo, uno aprende a dar paso tras paso, conversando

con un amigo sin tocar la raya y sin que este se dé cuenta de la bobada. Es como si se trazara en la mente una geometría y se obligara al mundo y a nosotros mismos a adecuarnos a ella.

A lo largo de los años, les he preguntado a mis estudiantes si alguien lo ha jugado. Todos levantaban la mano. Incluso, muchos lo jugaban en ese momento: “A veces le atacan a uno las ganas de no pisar la raya y no puede contenerse, profesor”, dicen. Más de uno se sorprendió de que otros lo jugaran, esa obsesión era uno de sus pequeños secretos.

Ahora, todos hemos visto la película protagonizada por Jack Nicholson y Helen Hurt, *Mejor imposible*¹⁷, donde no pisar la raya no es un juego, sino una verdadera manía que ocupa buena parte de la atención de la cinta. No obstante, muy pocos han visto la película de Hitchcock, *La sombra de una duda*¹⁸ de la que luego hablaré más ampliamente. En ella aparece el mismo juego, pero de una manera por completo marginal apenas insinuada. Es necesario estar muy concentrado para escuchar a Ann decirle a la amiga: “No pise la grieta”. Mientras ellas juegan, la atención del espectador está con los protagonistas de la historia enfrascados en la discusión acerca del crimen y los sospechosos. Una vez más, tenemos a Hitchcock haciendo guiños a su público. Menciono esta cinta porque, como se verá, se trata de una verdadera cosecha de juegos cuasifilosóficos.

JUGAR AL CIEGO (SAVATER)

Igualmente, ¿quién no ha jugado a ser ciego?, ¿a caminar con los ojos cerrados una distancia corta hasta sentir el vértigo de casi caerse del andén o casi estrellarse con la pared de enfrente? Todos alguna vez (si no, todavía) lo jugamos con la ayuda de nuestros padres o de un hermano mayor. Esa es una experiencia medio filosófica de cambio de identidad. Es como si dijéramos de manera hipotética y radical: “Yo estoy bien, pero ¿cómo se “verá” el mundo desde la perspectiva de un invidente?”. Allí hay un atisbo de filosofía, sin duda. Kant y Savater estarían felices de ver cómo nos ponemos en el lugar del otro para tratar de entender el mundo de “esa” manera.

¿En qué consiste tratar a las personas como personas, es decir, humanamente? Respuesta: consiste en que intentes ponerte en su lugar. Reconocer a alguien como semejante implica sobre todo la posibilidad de comprenderle *desde adentro*¹⁹.

En ciertas cosas el cine es mejor que la filosofía. El director polaco Andrei Jakimowsky rodó una película en Portugal, *Imagine*²⁰ cuyo tema es la ceguera. En ella, el espectador puede acercarse mucho más al mundo de los invidentes y esta vez sin cerrar los ojos. Al contrario, teniéndolos muy abiertos. La película cuenta la historia de los pacientes de una clínica oftalmológica que están aprendiendo técnicas de orientación para poder andar sin bastón. El título es muy sugerente: imagine un mundo donde no pueda ver. Además, la mayoría de los actores son ciegos. Todo un lujo de película para ponerse en el lugar del otro.

Como dice José Emilio Pacheco:

El heroísmo auténtico sería
entender las razones diferentes,
respetar la otredad insalvable,
vivir hasta cierto punto en concordia
sin opresión ni miedo ni injusticia²¹.

LAS PALABRAS COMO UN RUIDO (BECKETT)

Un tercer juego de infancia es destruir el sentido de una palabra. Repetimos una palabra muchas veces hasta convertirla en un ruido sin sentido. “Leñador”, “leñador”, “leñador”, una y otra vez, cada uno puede escoger la que quiera y repetirla diez o veinte veces hasta transformarla en viento, lluvia cayendo sobre el tejado, tres sílabas vacías. Esta experiencia está en el polo opuesto de la sensación maravillosa de sentir el lenguaje lleno de significado tal como la tenemos en los cuentos infantiles cuando cada palabra, cada frase, levanta ante nuestros ojos un objeto vivo y lleno de potencia. El hada hace magia con la varita, cuando se pronuncia la palabra “hada” y el incendio quema los bosques con la palabra “incendio”, ¡qué maravilloso poder el del lenguaje cuando se es niño! «Porque en la poesía, las palabras tienen poderes mágicos... ellos escriben “hágase la casa de chocolate” y la casa de chocolate queda hecha en el poema»²². No obstante, por alguna razón no del todo clara, en algún momento descubrimos que tenemos el poder de vaciar de sentido el lenguaje y emprendemos esta acción destructora y experimental.

En su libro *Confesiones de un joven novelista*, una serie de conferencias pronunciadas por Umberto Eco en Harvard recuerda la manera como Gertrude Stein se hizo famosa por la expresión “una rosa es una rosa es una rosa”.